

Reseña de Isaías BARREÑADA y Raquel OJEDA (eds.) (2016): Sahara Occidental 40 años después, Madrid: Los Libros de La Catarata.

Nasara CABRERA ABU

nasara.cabrera@ulpgc.es

Para citar este artículo: Nasara Cabrera Abu (2016), Reseña de Isaías BARREÑADA y Raquel OJEDA (eds.) (2016): Sahara Occidental 40 años después, Madrid: Los Libros de La Catarata en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 21, 201-204.

Cuarenta años han pasado desde que España abandonara el Sahara Occidental, dejando a su suerte a la última colonia africana que, a día de hoy, sigue pendiente de descolonización. Coincide este cuarenta aniversario también con el de la emergencia de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD) y la pérdida de quien fuera su líder desde sus inicios, Mohamed Abdelaziz.

Actualmente, la cuestión saharauí no sólo no se ha resuelto, sino que permanece en una situación de impasse marcada por la realpolitik y la política marroquí de hechos consumados. Este enconamiento del conflicto refleja tanto la incapacidad de la ONU y de la Unión Europea (UE) como mediadores (en particular, después del fracaso de los planes Baker) como la imposición de la voluntad del actor más poderoso en el terreno de juego.

Como resultado de la ocupación marroquí y mauritana en 1975, la población saharauí quedó fragmentada en tres bolsas de población: en los campos de refugiados, bajo la ocupación y en la diáspora, dispersa principalmente por los países limítrofes (Mauritania) y, también, en la antigua potencia colonial (España). Durante todo este tiempo, dicha población no ha sido ajena a las transformaciones sociales propias de la dinámica social y del propio conflicto, entre las que destacan el desplazamiento del epicentro del conflicto desde el exilio (Tinduf) hacia los territorios ocupados (TTOO); el flujo migratorio hacia Europa de jóvenes de los campos de refugiados en busca de empleo; la reivindicación de la sociedad civil saharauí del cumplimiento de los derechos humanos por parte de Marruecos en los TTOO ante las instancias internacionales; y la creciente marroquinización del territorio.

No obstante, y a pesar de tratarse de un conflicto internacionalizado, se puede constatar la poca relevancia que reviste ante la opinión pública internacional. Parece tratarse de un conflicto deliberadamente olvidado sin generar la atención mediática que suscitan otros como el israelo-

palestino. Esta baja intensidad se refleja también en la escasa literatura académica existente al respecto. En este sentido, el libro editado por Isaías Barreñada y Raquel Ojeda contribuye al crecimiento de la literatura especializada, que analiza, con profundidad y rigor, la cuestión saharauí y las diferentes aristas que la integran.

La obra se divide en veintidós capítulos, agrupados –a su vez– en cinco partes a modo de ejes temáticos: la trayectoria histórica y la situación del conflicto ante la jurisdicción internacional; la dimensión de la población saharauí en el exilio y sus trayectorias migratorias; el ámbito político y territorial del Sahara ocupado (reformas políticas, políticas territoriales, elecciones, explotación de los recursos naturales y contestación política de la población saharauí bajo la ocupación); los actores implicados históricamente en la disputa (Unión Europea, Estados Unidos, Francia, Argelia, la Unión Africana) y la protesta de Gdeim Izik; y, por último, la política exterior y de cooperación española con respecto al dossier del Sahara Occidental, y la relación de éste con la región española más próxima, Canarias.

Este trabajo colectivo agrupa a una serie de profesionales de reconocido prestigio, profesores de universidades españolas y algunas extranjeras, e investigadores independientes o adscritos a institutos de investigación, que han trabajado bien de manera específica la cuestión del Sahara Occidental, o bien la región del Magreb y Oriente Medio en general.

En la primera parte, Miguel G. Guindo y Alberto Bueno (cap. 1) realizan un recorrido histórico por la evolución del conflicto, actualmente atascado en torno a dos cuestiones principales: la oposición marroquí a la celebración del referéndum de autodeterminación y la controversia sobre los criterios en la confección del censo electoral. Juan F. Soroeta Liceras (cap. 2) pone de relieve la pérdida de capacidad de la ONU para imponer una solución y, al mismo tiempo, la reactivación del rol mediador de la Unión Africana (UA) en el conflicto, pasando la responsabilidad desde una organización internacional a otra de carácter regional. Además de llamar la atención sobre dos acontecimientos recientes que, presumiblemente, podrían abrir nuevas vías a la resolución del conflicto: la legitimación del Frente Polisario ante el Tribunal General de la UE como actor con capacidad jurídica para interceder en nombre del pueblo saharauí; y la anulación, por dicho tribunal, y por primera vez, de un acuerdo marroquí-europeo a finales de 2015. Por su parte, Juan Carlos Jimeno Martín (cap. 3) aboga por una resolución llevada a cabo bajo el prisma de la justicia y el Derecho internacional reemplazando el realismo político, al mismo tiempo que apunta a la sociedad internacional como un poderoso actor para presionar a Marruecos mediante el boicot.

Respecto a la segunda parte, Claudia Barona Castañeda y Jorge Gamaliel Arenas (cap. 4) señalan la evolución del Estado saharauí, creado en el exilio y analizado bajo la óptica del Estado débil, y su identidad nacional, fruto de la colonización española, pero también de la ocupación marroquí. Alice Wilson (cap. 5) examina cómo la población saharauí refugiada experimenta “el empeño electoral” (2016: 68), puntualizando cómo las elecciones la conectan con otras audiencias nacionales, regionales e internacionales. Las elecciones, de este modo, constituyen un modo más en el que la población se imagina a sí misma como una comunidad nacional transterritorial (2016: 69). Vivian Solana Moreno (cap. 6) describe el modo en el que las mujeres saharauíes refugiadas reinventan “la figura de la mujer revolucionaria” (2016: 83) desde una situación de empoderamiento que comenzó con la fundación de la RASD.

Laura Langa Martínez (cap. 7) expone cómo la población refugiada, a pesar de depender casi totalmente de la ayuda humanitaria, consigue reinventarse a sí misma en un marco más amplio, esto es, como una cuasi-ciudadanía, resaltando la excepcionalidad de su capacidad de autogestión. Esta segunda parte la cierra Carmen Gómez Martín (cap. 8), que desmenuza las trayectorias

migratorias de la población saharauí en el actual “tercer tiempo del exilio” en el que, tanto en los TTOO como en los campos de refugiados, impera la lógica de la migración hacia Europa en busca de un futuro mejor.

En la tercera parte, Bernabé López García (cap. 9) considera que Marruecos se aleja de una posible solución al no dar visos de transformación democrática en su régimen político. Por el contrario, en su opinión, la monarquía alauí desaprovechó tal oportunidad con la tímida reforma de su Constitución en 2011. Mientras sigue sin ofrecer una “genuina autonomía” (2016: 129) que pudiera garantizar unas dignas condiciones materiales de vida a la población refugiada ante el impasse del conflicto. Raquel Ojeda García y Ángela Suárez Collado (cap. 10) analizan el proceso de regionalización marroquí, iniciado en 1971 con las regiones económicas, seguido de una débil descentralización en 1997, y que ha culminado en 2015 con la Ley de Regionalización Avanzada. Además, comparan este proceso con el Plan de Autonomía para el Sahara Occidental propuesto en 2007. Sin embargo, las autoras concluyen que si bien la actual Ley de Regionalización Avanzada supone un avance con respecto al cambio experimentado en 1997, éste es aún insuficiente para implementar el Plan de Autonomía. Es decir, el grado de descentralización sigue siendo bajo, dado el excesivo control del poder central sobre los poderes regionales y locales.

Victoria Veguilla del Moral y María Angustias Parejo Fernández (cap. 11) analizan las elecciones en las circunscripciones de Ued Eddahab (Río de Oro) y Auserd-Lagüira para contrastar empíricamente su hipótesis de partida. Ésta plantea que dichos procesos electorales conforman un escenario de cambio controlado “desde arriba”. Si bien Marruecos, ante las presiones internas y externas, busca legitimar su poder sobre los TTOO mediante un escenario cuasi democrático (procesos electorales y cierta descentralización administrativa), no es menos cierto que ejerce un férreo control sobre el escenario político en cuestiones como las estructuras de autoridad, el reparto de poder y la representación pública.

Por su parte, Violeta Trasmontes (cap. 12) advierte de la dificultad para contrastar empíricamente si los beneficios de la explotación de los recursos naturales del Sahara Occidental (fosfatos, pesca y petróleo) benefician a la población autóctona. De hecho, la continuada construcción de infraestructuras para la explotación de dichos recursos (una “suerte de tercera ocupación”) (2016: 172), dificultaría aún más, si cabe, una posible solución del conflicto. Esta tercera parte finaliza con el análisis de Isaías Barreñada (cap. 13) de la contestación política en los TTOO, que ha cobrado mayor fuerza y visibilidad, en particular, desde la denominada Intifada saharauí (2005). En efecto, los TTOO se perfilan actualmente como el nuevo epicentro del conflicto debido, según el autor, al agotamiento de las vías político-diplomáticas. No obstante, la llegada de las telecomunicaciones a la zona ha contribuido a su mayor visibilidad y proyección internacional en un momento en que, de manera cotidiana, se llevan a cabo manifestaciones en las ciudades saharauí ocupadas. El autor también detalla las características de las protestas: actores, organización, prácticas desplegadas, alcance, consecuencias y, en suma, “la reactivación de la identidad nacional militante transterritorializada” (2016: 181).

En la cuarta parte, Irene Fernández Molina (cap. 14) llama la atención sobre el inmovilismo de la UE con respecto a la cuestión saharauí. La implicación de Bruselas se caracteriza por su complicidad con la ocupación y la asimetría en sus relaciones con las partes contendientes, pese a que en los últimos años, como consecuencia de las estrategias llevadas a cabo con éxito, tanto por actores saharauí y prosaharauí, se advierten dos tendencias. Esto es, una estrategia de *low*

politics o vía parlamentaria combinada con la vía judicial. De manera que si la situación ha cambiado se debe “a cambios exógenos a las instituciones europeas” (2016: 195). Laura Feliu i Martínez (cap. 15) examina la relación de EEUU con el Sahara Occidental durante las últimas cinco presidencias: desde Ronald Reagan (1981-1988), George H. W. Bush (1989-1993), Bill Clinton (1993-2001), George W. Bush (2001-2009) hasta llegar a la actual presidencia de Barak Obama (2009-2016). Si bien algunas administraciones se han mostrado más sensibles hacia una solución al conflicto y han apoyado algunas reivindicaciones saharauis, todas han tenido como denominador común la asimetría en las relaciones con las partes implicadas, con una clara inclinación hacia el lado marroquí. Destaca como punto de inflexión el apoyo de Washington a la ampliación del mandato de la MINURSO, en concreto, a la vigilancia de los derechos humanos en el primer mandato de Obama, posición de la que luego no ha mantenido.

Hakim Boulhares (cap. 16) analiza la política exterior francesa que, sin duda alguna, ha sido la potencia que más ha apoyado a Rabat en el conflicto, desvelando la aparente neutralidad de los dos de Mitterrand con una posición inamovible en torno a sus intereses geoestratégicos y apoyo a la monarquía alauí. Del mismo modo, Laurence Thieux (cap. 17) destaca cómo la posición argelina no ha retrocedido en su apoyo al Frente Polisario, posición que responde a dos líneas de acción. Una de coherencia con su posición de principios de apoyo a la autodeterminación de los pueblos; y otra, la realmente importante, de carácter geoestratégico: contener la expansión territorial y de poder marroquí en la región. Sin dejar de señalar que han sido las cuestiones de política interior las que, en ocasiones, ha debilitado o dificultado su apoyo a la cuestión saharauí. En cuanto a la Unión Africana Silvia Almenara Niebla (cap. 18) expone cómo durante la última década la organización africana ha reforzado su papel regional en la resolución del conflicto. De manera que la posición de la RASD ha tenido costes en su relación con Marruecos, que –por otra parte– ha ido granjeando apoyos en el continente, sobre todo en la zona del África Occidental. Para cerrar esta cuarta parte, Inmaculada Szmolka Vida (cap. 19) concluye la diferente naturaleza de los acontecimientos, otrora relacionados, de Gdeim Izik y la denominada Primavera Árabe. Señala que, pese a compartir características comunes (movilización, estrategias, proyección mediática), el primero reviste una especificidad marcada por la variable territorial y nacionalista que no está presente en las revueltas árabes.

En la quinta y última parte, Miguel Hernando de Larramendi (cap. 20) analiza la política exterior española en la que la cuestión saharauí se ha limitado a ser un “arma arrojadiza” (2016: 265) de los partidos en la oposición contra el ejecutivo del momento. Sin embargo, ninguno de los gobiernos españoles ha reconocido a la RASD, ni ha acercado posiciones a las reivindicaciones saharauis, más bien al contrario, se han reforzado las relaciones con Rabat como aliado estratégico en la zona, arguyendo cuestiones securitarias. Es en la sociedad civil española donde se encuentra una clara corriente prosaharauí. Susana Ruiz Seisdedos y María Luisa Grande Gascón (cap. 21), en el marco de la política española de cooperación al desarrollo, realizan un análisis estadísticamente documentado de la ayuda humanitaria y de cooperación oficial española a la población saharauí refugiada, destacando el papel que juega la ayuda descentralizada que, en muchas ocasiones, supera a la ministerial. También se ocupan de la ayuda canalizada por las ONGD y asociaciones, constatando que la población civil es la principal valedora de los intereses y reivindicaciones saharauis en España.

Finalmente, José Abu-Tarbush (cap. 22) aborda la relación de Canarias y la cuestión del Sahara Occidental, centrándose en tres dimensiones: el impacto del conflicto saharauí en la sociedad isleña (por su proximidad geográfica, interacción económica, comercial, laboral, social y demográfica); la reacción sociopolítica e institucional; y su evolución ante el prolongado *statu quo* de ni guerra ni paz. Además de señalar la percepción de vulnerabilidad en el archipiélago por su

nueva condición fronteriza y en un entorno de conflictividad, también recoge las expresiones sociopolíticas e institucionales de solidaridad. Al mismo tiempo que documenta cómo la ayuda de la Comunidad Autónoma a la población refugiada ha mermado durante los últimos años, debido a la crisis según la versión oficial o bien, según sus críticos, como reflejo de una mayor tibieza del ejecutivo canario respecto a la cuestión saharauí y de su creciente adaptación a la política de hechos consumados marroquí, con un notable incremento de las relaciones económicas que se extiende, también, a los TTOO.

En síntesis, la prolongada irresolución del conflicto es el escenario más previsible, su resolución no parece que pueda proceder de las acciones de los Estados implicados, ni de las organizaciones internacionales como la ONU, cuyas posiciones no se han movido desde el inicio del mismo. Por el contrario, como recogen varios de los autores citados, las transformaciones más novedosas podrían venir por la apertura de nuevas vías de presión tanto de los actores saharauis como de la sociedad civil global, que se perfila como una nueva fuerza poderosa para, mediante el boicot, hacer cumplir a Marruecos el Derecho internacional.